

CRISTO.

I.

Mirad cómo corre el pueblo de Jerusalén, mostrando en su semblante la alegría y ensordecido el espacio con entusiastas aclamaciones. Mirad como ajita en sus manos verdes ramas de olivo y triunfadoras palmas, y entona cánticos de victoria.

Su rey se acerca; el rey que anunciaba la voz de los profetas, el que ha de librar al pueblo de Judá del ignominioso yugo extranjero, y ha de quebrantar las cadenas del pecado que aprisionan á la humanidad.

No más profanará la planta del extranjero los muros de Jerusalén; no más el fruto del trabajo del infeliz hebreo servirá para pagar los placeres del César, ni las mujeres de Judá darán á luz miserables esclavos. Ya aparece en el rosado Oriente la aurora de libertad, y ya tiemblan los viles opresores del pueblo escogido al escuchar sus alegres gritos.

Su rey se acerca: corred á recibirle; que escuche las aclamaciones de su pueblo, que olorosas flores sirvan de alfombra á sus plantas y las palmas dén sombra á su régia frente.

Vendrá oprimiendo la espalda del vigoroso alazan, que hará temblar la tierra al rudo choque de sus ferrados cascos, y seguido de numeroso ejército de guerreros decididos y acostumbrados al combate y á la victoria. Brillarán en sus vestidos las ricas telas, la púrpura de Tiro, tres veces teñida y el oro del Ofir; á su siniestra penderá la vencedora espada, tinta en sangre enemiga, y en su reluciente casco brillará régia corona de piedras preciosas.

La imaginación oriental del pueblo adorna con vivos colores la llegada de su rey, y ya créese ver huir á sus opresores derrotados y perseguidos por las huestes del monarca libertador. Pero en vano tiende sus ávidos ojos por la llanura para descubrir en el horizonte el brillo de las armas y el polvo que levantan los caballos. Solo distingue un hombre cabalgando en un jumento y seguido de otros hombres á pié. ¿Será ese el rey tan esperado? ¿Será ese el que viene en nombre de Jehová?

El es: el Hijo de Dios, el Mesías pro-

metido, el Libertador de la Judea, el Redentor del mundo. ¿No veis el sello de la divinidad en su semblante? No viene seguido de numeroso ejército de guerreros, ni en un carro triunfal arrastrado por inmensa turba de esclavos, porque sus armas son la palabra y la convicción, y su religión de paz y amor; no ostenta ricas telas ni piedras preciosas en sus vestidos, porque viene á predicar la humildad y la mansedumbre.

Y el pueblo le reconoce: vé el sello divino en su frente, en la dulzura y la paz de su semblante; la reconoce y exclama: "Hossanna! bendito el que viene en nombre del Señor!" Los hombres arrojan sus capas para que le sirvan de alfombra, y los niños y las mujeres agitan las palmas y las ramas de olivo. El sol ilumina desde un firmamento sin nubes la alegría del pueblo: un viento tibio y perfumado lleva en sus ligeras alas sus festivas aclamaciones, y el eco repite dulcemente: "Hossanna! bendito el que viene en nombre del Señor!"

II.

Ved en la cumbre del Gólgota tres hombres enclavados en el afrentoso suplicio de la cruz y luchando con las convulsiones de la agonía. Al pié del monte ruje un pueblo frenético que los insulta con sus gritos y sus carcajadas.

Sobre una de las cruces se lee: JESUS, REY DE LOS JUDIOS.

Es Jesús! el Hijo de Dios, el que fué recibido en Jerusalén en medio de la popular alegría y de los cánticos del Hossanna! Allí está, enclavado en afrentoso patíbulo, rodeada su cabeza con una corona de espinas y cubierta su frente con el sudor de la agonía. Y allí le insulta el mismo pueblo que antes le aclamaba y agitaba las palmas y exclamaba: "Hossanna! bendito el que viene en nombre del Señor!"

La naturaleza se conmueve ante el gran espectáculo de la muerte del Dios hombre. El sol apaga su luz y densas tinieblas cubren la haz de la tierra; el mar levanta sus hirvientes olas, y mezcla sus rugidos á la voz de la tempestad; cesan el murmullo de las fuentes y los arroyuelos, y los cantos de los alegres pajarillos, y cruzan el firmamento agoreras aves nuncios de destrucción y muerte, lanzando siniestros gritos; rásgase el ve-

Cosas de Sociedad.

lo del templo, y las losas de los sepulcros saltan en pedazos, dejando paso á los animados esqueletos de los que fueron y acuden á contemplar el gran misterio que se efectúa en la cumbre del Gólgota. Una voz misteriosa vaga por el espacio clamando lúgubrememente: "Ay de Jerusalén!" y el espanto y la consternación se apoderan de los hijos de la ciudad maldita.

Sonó en el reloj de los tiempos la hora de la redención del mundo, y el Principe del Averno ruje con furor impotente al ver escapársele su presa. Jesús en tanto ruega al Padre por sus asesinos, inclina la cabeza para bendecirlos y exclama: "Consumado es. En tus manos, oh Padre, encomiendo mi espíritu," y espira.

Oh Cristo! oh mi Dios! ¿qué endurecido corazón no se conmueve al sublime espectáculo de tu muerte? Tú viniste á predicar al mundo la más pura, la más santa de las religiones; tus pasos eran señalados con prodigios; diste movimiento al tullido, al ciego vista, vida al muerto; tus palabras eran de paz y de perdón; tu dogma la caridad; en tu semblante resplandecía el sello de la divinidad, y sin embargo los hombres, por quienes diste tu vida, te ultrajaron y te escarnecieron, en tu sed te dieron á beber vinagre, coronaron tu frente de espinas y traspasaron tu costado con el acero.

¡A cuán altas y sublimes consideraciones dá lugar este espectáculo! La cruz, padron de infamia, término de la carrera de los criminales, es desde entonces objeto de adoración. A su sombra encuentran lenitivo los pesares de la humanidad; y el huérfano desvalido, el doliente anciano, la desamparada virgen y la viuda infeliz se abrazan á ella como á la única tabla de salvación en el naufragio. Ante la cruz ora el niño, sobre las rodillas de su madre, cuando apenas ha abierto sus ojos á la luz del día, y ella es su consuelo cuando moribundo y agobiado bajo el peso de los años siente sobre su corazón la helada mano de la pálida muerte. La cruz es fuente de dicha, esperanza de gloria, faro que guía á la humanidad en su peregrinación por la tierra y le muestra el puerto de salvación! Haz, Dios mío, que siempre nos cobije bajo su sombra el árbol sagrado en el que diste tu vida por la salvación del mundo!

ARISTIDES PONGILIONI.

Hay en sociedad ciertas cosas que escudadas con el pomposo título de *cosas de sociedad*, han llegado á la categoría de leyes, y como en su observancia estriba lo que llaman buena educación, y el bello sexo es el tribunal que juzga á los infractores, no queda á los pobres asociados más recurso que cerrar los ojos, y dejarse gobernar despóticamente por las *cosas de sociedad*. Si al menos fuesen buenas, lo que es la forma de gobierno no podría sorprendernos por nueva, pero desgraciadamente el gobierno es tan bueno como las cosas, las cosas tan buenas como el tribunal, y el tribunal, como cosa del bello sexo, tan bueno como todas sus cosas. Esta es la cosa.

Si por la cara de los dolientes se viene en conocimiento de quién es el difunto, no es muy difícil comprender qué bienes debió esperar el hombre de la sociedad y de sus cosas. Dueñas del campo nuestras enemigas, sin contrarios á quienes batir, sin exigencias de ningún género que satisfacer, tiraron tajos y mandobles á su gusto. Clasifiquemos ante todo los sexos, se dijeron unas á otras. Concedamos al hombre la fortaleza. Así podrá cargar con el muerto cuando llegue el caso. Démosle por vía de apéndice la fealdad. Esto reprimirá su orgullo. Queden para nosotras la belleza y la debilidad.—Jugarémos con dos barajas.—A votación.—Aprobado por unanimidad.

Débil y bello llamaron desde entonces á su sexo. Fuerte y feo al nuestro. ¡Qué orgullo! ¡Qué arbitrariedad! ¡Qué poca vergüenza!

La sola definición de los dos sexos envuelve un principio reprobado por la sana razón, y sin embargo, sirvió de base al edificio social. De él emanaron esas leyes de etiqueta y de buen tono, esas pragmáticas de urbanidad, decoro y consideraciones sociales, y todo ese farrago de voces campanudas de que se han valido las astutas legisladoras para convertirnos en autómatas. La sociedad ha hecho de cada hombre un maniquí, y lo más chistoso es que á medida que avanzamos en lo que llaman por mal nombre luces y civilización, adquiere más vida el tirano que nos esclaviza, y perdemos hasta la esperanza de reconquistar el terreno perdido.

A cualquiera le ocurre que lo primero que debió hacer el hombre fué rechazar como pernicioso un código tan anárquico, y concluir, si preciso era, con la sociedad y con sus cosas; pero lejos de hacerlo así, hemos acatado sus preceptos con una sumisión, que raya en idolatría.

Preciso es tener entrañas de tigre para no llorar al ver el triste estado á que nos ha reducido una apatía tan estóica, una indiferencia tan criminal. Engreídos con reformas políticas, ambicionando glorias, honores y riquezas, jamás hemos pensado en echar por tierra el poder de esa sociedad, de ese coloso que iba de día en día barrenando nuestras reformas, nuestras ambiciones y nuestras glorias hasta convertir como ha convertido en ilusiones las más lisonjeras esperanzas.

¡Tal es el doloroso estado del sexo fuerte á mediados del siglo XIX! ¡Unido al carro de la déspota sociedad ni aun tiene valor para maldecir al tirano!

Sin embargo, no somos nosotros de los que creen que el mal no puede tener remedio. A muy poca costa conseguiríamos el triunfo, si dóciles á la voz de la razón, siguiésemos una senda nueva. ¿No es un código social el que nos esclaviza? Creemos una nueva sociedad y un nuevo código, y olvidemos esas rancias teorías que nos han conducido á la angustiosa situación en que nos vemos. De tiempo inmemorial el hombre que daba en la manía de enamorarse, era condenado á sufrir carceras de baqueta. No merece otro nombre el castigo que le imponían las cosas de sociedad.

Sabido es que el amante tenía que correr como perro perdiguero; sufrir en una noche de truenos los rigores de la intemperie contemplando los desiertos balcones de su amada; recopilar lo más selecto de las cartas de Abelardo para hacer en debida forma su declaración de amor, ó fé de tonto (sinónimos); sobornar criados para que el susodicho diploma llegase á manos de la señora de sus pensamientos, y recoger por pago de tantos sacrificios el tremebundo *no há lugar*, con que la coquetuela niña pagaba tantos afanes y vigiliás. En tales circunstancias las cosas de sociedad exigían del neófito nuevas pruebas de mansedumbre. Era preciso, ¡qué ley tan tiránica! ¡qué órden tan inquisitorial! era preciso empezar por captarse la volun-

tad de la mamá. Así y solo así pudo conseguir la mujer ser siempre un ídolo, y recibir incienso hasta en los umbrales del sepulcro. Locura sería negarles que en todos tiempos han sabido hacer su agosto.

Captarse la voluntad de una mamá equivalía á echarse á perros, y por muy feliz se contaba el jóven que despues de sufrir mil y un desaires, más temibles aun que los *mil y un fantasmas* del novelista francés, lograba el alto honor de dar su brazo (de aquí el adagio de dar su brazo á torcer), á una de esas señoras antediluvianas; de esas señoras que nunca han sido jóvenes, ni nunca quieren ser viejas; que con la misma fecha y la misma facha las vemos nosotros, las vieron nuestros padres y las vió Noé á su salida del arca; que se encuentran en todas partes con su libro de devociones en una mano y la camándula y el rico cucarachero en la otra; monumentos históricos que á guisa de caja de truenos tiene reservados la sociedad no sabemos donde, y guarda en conserva para aterrarr á los desdichados amantes.

Este ha sido hasta aquí el noviciado, el aprendizaje del amor. ¿Se creará que exageramos? Venid á nosotros los que habeis andado el camino de las penas, y decid á esos incrédulos... pero no. No les digais una palabra. Vuestras caras mústias y demacradas, ese llanto, ese sello de maldición que las suegras imprimen en la frente de los esclavos de Cupido, dicen lo bastante para confundir á nuestros contrarios. No hemos abultado los hechos. Hemos cumplido el deber de historiadores imparciales. Harto cierta es por desgracia la desgracia que lamentamos.

¿Y sería esta nuestra suerte si un nuevo código, tal como el que queremos presentar, sustituyese al anárquico que nos rige? De ninguna manera. El código que ofrecemos, recto y justo como basado en la ley natural y en la sana razón dá al hombre el lugar que desde la creación le pertenece. En los lances de amor se le considera como víctima cuando consiente en que lo quieran; como loco de atar cuando ama con delirio, y como buen matemático y filósofo profundo, cuando cuenta el dote antes de que le cuenten las dotes de su querida.

La mujer en el nuevo órden social de que hablamos, no tendrá esa importan-

cia que ella misma ha querido darse. Deber suyo será correr tras el amante. (Esto ya vá haciéndolo, sin necesidad de mandatos.) Estará obligada igualmente á rondar día y noche la calle de su futuro señor y dueño, darle serenatas, declararles su pasión, y batirse todas las veces que fuere preciso para atrapar un marido, porque ahora y siempre el camino de la gloria ha tenido más espinas que rosas.

Miren ustedes que será muy satisfactorio recibir una cartita de papel de color en que le digan á uno:

“Luisito: por V. me he batido anoche. Le remito la trenza de los cabellos de mi rival, y yo quedo que me pueden ahogar con un cabello, porque V. es un ingrato, que no quiere pagar mi amor; pero ya lo he jurado: si V. me desprecia, pondré fin á una existencia que me es tan odiosa. Al efecto tengo hecha provision de fósforos para morir á la meda. Una palabra tuya vá á decidir mi suerte, tortolito mio. Tu amor ó la muerte.
AMPARO.”

¿Qué contesta V. á una carta tan tierna? ¿Quién no se atortola al oír lo de tortolito? Pero dá la casualidad de que al mismo tiempo ha recibido V. otras quince ó veinte declaraciones iguales, y V., que es hombre que sabe lo que vale, toma la pluma y....

“Amparo: siento mucho que quede V. desamparada, pero, hija mia, ha llegado demasiado tarde. Estoy comprometido, y no puedo faltar á mis juramentos. Cuidado que no vaya V. á echar mano de la seducción para hacerme olvidar mis deberes. Soy muy sensible, pero muy virtuoso. Lo mejor será que se decida V. por los fósforos. No es la primera que hace otro tanto por s. s.

LUIS.”

Esto mismo contesta V. á las demás aspirantes, reparte sentencias de muerte, como quien reparte una quinta ó contribucion extraordinaria, y con cuatro plumadas queda V. libre de importunas.

Si en amor hacemos el principal papel, según hemos visto, no en todo sucede lo mismo. En nuestra teoría, el equilibrio de poderes es una cosa admi-

nable. Empleos, honores, títulos, consideraciones pertenecen á la mujer. El gobierno de la nacion es exclusivamente suyo. Si maneja al país, como país de abanico, lloverán los triunfos y cautivará á medio mundo; (en el otro medio ocuparemos un rinconcito), que más conquistas ha hecho el abanico que la espada. Me parece que no podemos estar más galantes. Esto entre paréntesis por supuesto.

Como amigas de hablar mucho para nada, aquí no hay paréntesis que valga, es probable que elijan el sistema representativo. ¡Qué gusto dará ver á trescientas mujeres discutiendo los presupuestos para que nada les falte; este es su caballo de batalla, ó arreglando diferencias con el emperador de Rusia!

—Que hay una declaración de guerra.
—Como una de amor, sobre poco más ó menos. Un pienso al caballo de batalla y brida en mano.

—Que se acercan doscientos mil rusos á la frontera.

—Bien, ¿y qué? Doscientas mil mujeres sobre la frontera y sobre los rusos.

Sorprendamos á la diplomacia el más importante de sus secretos, el de jugar sin perder.

—Que caen los rusos prisioneros. Claro es que ganamos.

—Que cargan los rusos con las doscientas mil mujeres. Feliz viage y que escriban Vds. en llegando. Quedamos en paz.

Bastarán estas ligeras pinceladas para que se comprenda cuán sabio y justo es el código que vamos á someter al fallo de los hombres pensadores. Se creará quizás que hablamos con entrañas de padre, pero él satisface todas las exigencias de un siglo que se llama ilustrado; devuelve al hombre su perdida dignidad; saca del letargo á un sexo falaz y antojadizo, que embriagado por la lisonja, ha creído hacerse grande con aros de metal, esbelto con bigotes de ballena y hermoso con drogas de botica; abre nuevos caminos de gloria, honores y riqueza á esa mitad tan cara de nuestra alma, para que pueda ser de aquí en adelante una mitad nuestra, si se quiere, pero no tan cara.

Si el pálido bosquejo que hemos hecho de nuestra obra, llama, como esperamos, la atención de Europa, cuadros más acabados presentaremos; pero es

de temer que á las luces del siglo no encuentren buena luz, y sea desacreditado el pintor; que en COSAS DE SOCIEDAD podrá faltar buena fé, pero sobra ingratitud.

F. S.

EL CAUTIVO.

BALADA.

I.

Áuras leves, que vagais
Por las vegas de Granada,
Hácia mi patria adorada
Volad, volad.
Decid á mi amada esposa
Que estoy cautivo del moro,
Mas que guardo, cual tesoro,
El recuerdo de mi hogar.

Contad á mi anciana madre,
Que quizá llora mi muerte,
Que en la guerra fué mi suerte
Sucumbir, mas con honor.
Y á mi hija... ¡Cuánto sufre,
De ella ausente, el pecho mio!
Conducidla el que le envió
Ósculo tierno de amor.

II.

Leves áuras, que vagais
Del Darro en la verde orilla
Hácia mi bella Castilla
Volad, volad.
Mas volved rápidas luego
A esta vega, rica en galas,
Trayéndome en vuestras alas
Gratas nuevas de mi hogar.

Y sepa yo si mi esposa
Tiene de verme esperanza,
Y si de mi madre alcanza
A mitigar el dolor.
Y de mi hija traedme,
Traedme en rápido giro,
Con su doliente suspiro
Ósculo tierno de amor.

III.

Áuras, que vagais del Darro
Por la ribera florida,
Hácia mi patria querida
Volad, volad.
Hoy al cruzar los espacios
De luto sois mensageras:
Huid, y llegad ligeras
Hasta mi huérfano hogar.

Y decid á los que amo

Cual es ¡ay! mi suerte insana,
Que en un cadalso mañana
Daré mi alma al Creador.
¡Oh, llevadles, áuras puras,
Del mísero prisionero,
Con el suspiro postrero,
Ósculo tierno de amor.

Así murmuró el Cautivo;
Y al rayar la nueva aurora,
La cuchilla aterradora
Sobre su cuello se alzó.
Y al inclinar su cabeza
Dió un suspiro al áura leve,
Que de la apiñada plebe
Entre el grito se perdió.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

LOS DOS MÉDICOS.

CUENTO.

¡Quieres que sufra más la turba ingrata
de tanto necio, imbécil, presumido,
que vende plomo vil por rica plata?
EL P. ISLA.

Aunque indigno pecador, no he nacido de las yerbas; hijo soy de un hombre, y éste á su vez lo fué de otro. Conste, pues, que he tenido abuelo. No lo digo para fundar en ello nobiliarias pretensiones, si bien es cierto que en menor motivo suelen cimentar otros las suyas; sino por ser pura verdad, y porque este abuelo no era un abuelo cualquiera de los de pacotilla y sainete; antes al contrario, era tal y tan admirablemente chapado, que gusto daba el verle y alegría oírle. Muchas cosas tenia extremadas y notables; y por no decirlas todas, citaré solo su buen humor, su gran nariz y los encargos de su chorrera. El uno sufrió incólume la prueba de suegra avinagrada, muchos hijos y escasos bienes de fortuna; de la otra, aunque partía de la cara, nadie pudo averiguar el término; y en cuanto á los encargos, fueron más punteados que vihuela, al sacudir abuelito el rapé que por onzas tomaba. Pero al sorber y sacudir no dejaba la lengua quieta, y solía narrar candorosamente algunos cuentecillos, de los que vá el siguiente para muestra.

En cierta poblacion, no tan grande que mereciese el nombre de ciudad, ni tan pequeña que pudiera llamarse aldea, vivian dos médicos: gordo, rico y afama-

do el uno; flaco, pobre y ásperamente tratado por la fortuna el otro: llamábase don Bodoque el primero, don Salomon el segundo. Aun cuando suelen verse Blancos mulatos, Delgados obesos y Caballeros sin.... caballo, (que no siempre está de acuerdo el apellido con quien lo lleva), estavez habia tal concordancia entre los nombres y los sugetos, que el pedirle mayor fuera gollería. Don Bodoque, pues, era tan corto de entendimiento, como largo de fortuna: comenzó su carrera de aprendiz en una barbería, alternando entre la escoba, las sanguijuelas y la guitarra: tuvo padrino, pasó á mayores velos, y llegó un dia, feliz para él y desgraciado para la humanidad, en que se encontró con título y salvo-conducto para matar á todo bicho viviente, sin temer persecucion de tribunales, quiero decir, que vió trocados los barberiles aparejos en baston de caña con borlas, sortijon en el pulgar, como era usanza en el gremio, y por fin, en todos los atavios de médico, siendo médico él mismo, á despecho de Hipócrates, Avicenas y Boheraves.

De estos señores ni aun los nombres conocia; mucho menos sus aforismos y observaciones; pues con tres récipes de "oleum serpentorum," sangrias á diestro y siniestro y seis docenas de sanguijuelas tamañas como culebrones de vallado, amen del unguento y la cataplasma de cualquier cosa y puestos en cualquier parte, era don Bodoque muy capaz de curar ó matar cada dia un regimiento. De anatomía estaba tan ayuno, que solía confundir el carpo con el tarso: las primeras nociones químicas eran para él misterios de ultra-tumba; y en eso de patología, no entendia la "logia" y el "pathos" le daba tres patadas en la boca del estómago. A pesar de todo, bogaba con próspero viento: cada Navidad lo encontraba más gordo y rico, y celebraba cada Pascua con más cara de idem.

Era su colega don Salomon el reverso de la medalla: comenzó su carrera medianamente rico, y habia llegado á las puertas de la pobreza; tenia pocas carnes y poca fortuna, vasto y bien poblado entendimiento, leia bastante y meditaba más: hubiera brillado en una academia científica y vegetaba oscuramente relegado á un poblachon de provincia. Cada invierno le encontraba más flaco, más sabio, más pobre y más olvidado de to-

dos.

Sucedió que un dia el sabio macilento y el asno de oro se encontraron en una consulta: habló el primero, rebuznó el segundo, y el rebuzno prevaleció sobre la palabra. Don Salomon fué despedido por la familia del doliente, y quedó instituido médico de cabecera el triunfal don Bodoque. A poco tiempo compraba éste una finca y vendia el otro sus cubiertos de plata. Dos meses despues quedaba en el pueblo un solo médico; don Salomon ya no ejercia su facultad; ó mejor dicho, le habian obligado á no ejercerla de puro no llamarle alma viviente.

Trataba de emigrar, y para hacerlo hubiera querido ir á los antipodas, ó poco más allá; pero ¡ay! no poseia las alas del águila, ni aun las de la golondrina, viajeros gratis para los cuales no existen aduanas, diligencias, barcos ni ferro-carriles: y hallándose exhausto de ese vil metal, así llamado por los que no lo tienen, su propósito quedaba reducido á pensamiento vano y fantástica quimera. Veíase, pues, sin posibilidad de salir del pueblo, cual si con clavos timoneros allí estuviese clavado y fijo: pasaba largos dias meditando en su desgracia y cada vez miraba más oscuro y cerrado su horizonte. Pero como no hay mal que cien años dure, ni enfermo que lo resista, llegó ocasion en que por inesperados medios logró los de cumplir su propósito, dando un eterno adios á aquel pueblo donde tan poco estimadas y tan escasamente premiadas habian sido su honradez y su ciencia.

Ya tenemos á nuestro don Salomon preparando cofres y maletas para emprender su viage, ya encajona sus libros, únicos amigos que le restan, y ya por fin, envuelto y rebozado en un ancho leviton de camino, espera que luzca el siguiente dia, que será el de su marcha. Entre la multitud de pensamientos que batallaban entonces en su cerebro, fijósele uno de tal suerte, que absorbió á los demás; y dominando su voluntad por completo, le llevó... ¿á que no aciertan ustedes dónde? Ni más ni menos que á casa de su cofrade el venturoso cuanto afamado galeno don Bodoque.

Entró, sentóse y venciendo su natural circunspeccion y modestia, con el desparramo del hombre que sacude su capa y piensa irse para no volver jamás, dijo á su afortunado colega:—"Que su merced

no ha estudiado medicina como debiera, cosa es averiguada; que no la sabe ahora, es cierto y evidente; que no la sabrá jamás, es posible y aun probable. Le he visto, siendo guitarrista y pelabarbas, convertirse en doctor afamado; me he visto á mí propio de hacendado médico transformado en triste pelagatos; y en verdad, en verdad, que tales metamorfosis ni aun las soñó el mismo Ovidio. Estudié yo y medité mientras su merced holgaba: perdí pelo y su merced mejoró el suyo: enflaquecí viéndole engordar por libras, y empobrecí mirándole enriquecerse. Puesto que le cedo el campo y no imagino volver, ni he de hacerle competencia, suplicole por cuanto más ame que me descifre el enigma y me desate este para mí nudo gordiano, diciéndome cómo, por qué y con qué medios ha logrado tan numerosa clientela y fama tanta, mientras yo apenas tengo quien de mí, triste, se acuerde."

Tamaño descarga á quema-ropa no produjo efecto: verdades de tanto peso hubieran agobiado á un gigante; pero don Bodoque no se inmutó lo más mínimo, y aun escuchó todas y cada una de estas palabras con sereno ademán y risueño semblante: se levantó, abrió una puerta de cristales y asomóse al balcon que sobre la Plaza Mayor del pueblo daba y frente del Ayuntamiento. Despues, con voz tranquila, dijo:

—Venga vuestra merced aquí conmigo, señor don Salomon, que voy á darle las explicaciones que pide. Vuestra merced vé esta plaza y la multitud de los que por ella van y vienen. ¿Cuántos calcula vuestra merced que pasarán al cabo del dia?

—No sé, respondió don Salomon, extrañando aquella salida: lo menos diez mil.

—Bueno: y de esos diez mil ¿cuántos cree vuestra merced que tienen instrucción, imparcialidad y recto criterio?

—Hombre, esas cualidades son muy raras; quizá de entre los diez mil apenas habrá seis ó siete que las tengan.

—Perfectamente; pues esos seis ó siete son los parroquianos de vuestra merced; y los demás son los míos.

De lo que pasó despues nada contaba mi abuelo: al llegar aquí tomaba un polvito, se sacudía los vuelos de la chorrera y decia á sus oyentes, á guisa de moraleja: "Para gráduar y aquilatar el mérito

en la ciencia ó el arte, ciencia y arte se necesita, y no multitud de jueces; que en casos tales, no deben considerarse los votos como groseros terrones que se cuentan por aranzadas, sino como oro finísimo que por adarmes se pesa, valiendo más ó menos, segun su "mejoría" y no segun su "mayoría."

Traslado á los criticos sin ciencia y á los admiradores de reata.

NARCISO CAMPILLO.

Máximas al gusto del dia.

Si quieres ser dichoso entre las gentes, nunca olvides las máximas siguientes.

El que tiene dinero, es hoy el más honrado y caballero.

Quien dice la verdad, jamás se arredra; pero tampoco medra.

La falta de decoro, es un bien sin igual, es un tesoro.

El que de honrado y crédulo blasona, nunca llega á persona.

Para ascender á rico, basta ser muy truhan ó muy borrico.

No puede el hombre hacerse más agravio, que estudiar y ser sabio.

El holgazán y el tonto, viven de gorra y enriquecen pronto.

Es raro que la tímida vergüenza árdusos empeños venza.

Quien vuelve la casaca, viste de nuevo y las hechuras saca.

Se suele dar la muerte á los ladrones, que no roban millones.

No puede ser dichoso, quien no adula y ensalza al poderoso.

Nunca tendrás amigos ni parientes, si dices lo que sientes.

Está ya prohibido, tener sana razon y buen sentido.

En ciencias y en política, la idea es cosa sucia y fea.

El amor no se estila:

es pasión que desgasta y aniquila.

La más pura amistad tiene su precio: quien la compra, es un necio.

Para vivir en calma, sofoca los afectos de tu alma.

Si quieres ver como tu bolsa medra, ten corazón de piedra.

No socorras al pobre, aunque tires el pan porque te sobre.

No tengas caridad, ni des oído al triste desvalido.

Hace muy bien el oso, todo aquel que es atento y generoso.

A la incredulidad llaman hoy día sana filosofía.

Observando estas máximas, seguro que no merecerás subir al cielo: pero en cambio serás, yo te lo juro, el bicho más feliz, acá en el suelo.

J. GARAY DE SARTI.

Breve idea de la Elocuencia antigua y moderna.

La elocuencia, esa facultad brillante que convence la razón y cautiva la voluntad, ha existido siempre; porque siempre los hombres han tenido pasiones y han sido animados por el calor del sentimiento, que es su verdadero origen. Antes de que las tribus diseminadas por la superficie de la tierra llegaran á reunirse constituyendo nacionalidades, se habían pronunciado arengas llenas de fuego y de energía. Pero estas arengas, aunque muy fogosas, como debieron de ser en los primitivos tiempos cuando los ánimos no se hallaban enervados por la frialdad que una refinada cultura lleva consigo, no podrían presentarse como dechados, porque carecían de aquella regularidad y orden tan notables en las obras maestras.

De los primeros imperios que se fundaron, sabemos que yacían bajo las severas leyes de gobiernos sumamente despóticos; y con el despotismo enmudece la elocuencia. Por tanto, esta no se cultivó hasta que los pequeños estados de Grecia se constituyeron en repúblicas, donde todas las graves cuestiones, todos los negocios de interés común se decidían en una junta compuesta por el pueblo, donde cada cuál emitía libremente su parecer, pues así estaba dispuesto por las leyes. En un principio las cuestiones se proponían sencillamente, sin estudio y des-

nudas de todo ornato. Pero bien pronto se conoció el poder que la elocuencia presta á toda proposición; mucho más cuando ha de resolverla un auditorio numeroso, ignorante y apasionado. Todo aquel que había de hablar en público se dedicaba á la oratoria, asistiendo á las escuelas que ya por entonces se abrían en Atenas, y que más tarde se hicieron tan célebres. La elocuencia era estudiada con ardor, como el medio más poderoso para conseguir poder y honores; pero muchas veces conducía al destierro y á la muerte misma.

Entre los primeros oradores brillan Pisistrato, que con su astucia se apoderó del mando; Clístenes, que reformó las leyes establecidas por Solon, y Temístocles, orador tan elocuente como profundo político. A este se debió la victoria de Salamina por su acertado consejo; á este veneraba el pueblo ateniense hasta el punto de levantarse todos y descubrirse con respeto cuando entraba en el teatro. Pero al fin, condenado al destierro, murió lejos de su patria y entre los mismos persas, á quienes tantas veces había vencido. Aparece Pericles, el partidario del pueblo, y con él adelanta un gran paso el arte de la persuasión. Su manera variada en extremo, ya enérgica y vehemente, ya fácil, graciosa y delicada, le dió tal poder, que por espacio de muchos años ejerció un imperio absoluto en la república, á pesar de la obstinación de sus enemigos y del carácter caprichoso y voluble de los atenienses. Conocía muy bien el espíritu de que se hallaban animados, y los nombres de patria, libertad, é independencia eran tan poderosos en sus labios, que Grecia entera se levantaba como un solo hombre para ofrecer sus riquezas al tesoro público, y sus hijos para engrosar las filas del ejército. Cleon, Alcibiades, Terámenes y Cricias son también de esta época. Pero cuando despues de la guerra del Peloponeso aparecieron los sofistas, la elocuencia decayó de la altura y esplendor á que antes había llegado. Ellos, dando reglas para todo, esclavizaron el entendimiento, abusaron lastimosamente de la razón, y corrompieron el gusto. De Gorgias, el más famoso de ellos, sabemos que usaba un estilo amanerado y sutil en demasía, y poco conforme con los inalterables preceptos de la naturaleza. Sócrates desterró de la oratoria aquel inútil adorno y aquella estudiada sutileza que caracterizan á los sofistas, y la revistió con la sencillez hermosa de la verdad y la fuerza irresistible de la razón. Siguen despues Lisias, á quien llama Cicerón delicado y elegante, el sentencioso Isócrates y su amigo Iseo. Este se dedicó exclusivamente á la oratoria judicial, y más que por sus discursos, es conocido por haber estudiado en su escuela el gran Demóstenes. En este hombre extraordinario se reunieron muchas de las brillantes prendas

con que se habían distinguido los otros oradores; por lo que consideramos su elocuencia como la expresion unánime de la elocuencia griega.

Demóstenes es nervioso y conciso en el estilo, profundo en los pensamientos, apasionado y vehemente en la recitacion, y más feliz que nadie para comunicar á su auditorio todas las pasiones de que se hallaba poseido su espíritu. Tan pronto excita el odio y el desprecio para con los traidores, como la gratitud y la veneracion hácia los ilustres héroes que murieron peleando en defensa de su patria.

Ya aterra á sus adversarios con sus admirables rasgos oratorios, y hace que contra ellos se dirija la indignacion de los atenienses; ya, entusiasmando al pueblo, lo lanza contra el rey de Macedonia, enemigo entonces de la Grecia. Jamás Filipo tuyo rival tan formidable como Demóstenes; por lo que solia decir que más le temia en la tribuna, que á un ejército formado en batalla. En efecto, este orador tan elocuente era democrata por conviccion, y amante de las glorias de su pais; y como decidia la mayor parte de las cuestiones que se agitaban por aquel tiempo, era muy peligrosa la oposicion de semejante hombre para quien aspiraba á subyugar á la Grecia. Pero si por otra parte fijamos nuestra atencion en los obstáculos que tuvo que vencer para brillar entre los demás oradores, nos admiraremos de su constancia en el estudio, y de la fuerza de voluntad que en tan alto grado poseia. Enfermo, tardío en la pronunciacion, y de una presencia poco favorable, pudo, ayudado del estudio y de su gran talento, decidir los negocios más árduos, confundir á sus adversarios con la admirable fuerza de sus razones, y obtener la palma de la victoria en los debates públicos. Su elocuencia ha sido comparada con justicia á un torrente impetuoso que arrebatara cuanto encuentra en su veloz carrera. Hoy, despues de tantos siglos, no podemos leer sus discursos sin sentir hondas conmociones.

En Roma no encontramos vestigio alguno de elocuencia hasta que, reemplazada la autoridad real por los cónsules y el Senado, el poder de la palabra fué un móvil poderoso para escalar los primeros puestos de la república. En un principio la oratoria política de este pais fué grave y templada, porque el orador se dirigia tan solo á los hombres más ilustrados, cuales eran los patricios; pero cuando poco despues se crearon los tribunos del pueblo, tuvo que seguir dos senderos muy distintos: en el Senado se distinguió por su gravedad, aunque admitió mas adelante mucho calor y movimiento; en las juntas populares fué enérgica, libre y vehemente. Ciceron, en su libro de los claros oradores, nos ha trasmitido una historia crítica de la elocuencia romana.

Por ella conocemos muchos nombres que de otra suerte no hubieran llegado hasta nosotros.

Entre los primeros oradores, nos habla de Caton el Censor y de los Gracos. Elogia la fuerza y vigor de aquel, y la precision y verdad del lenguaje de estos; especialmente del menor. De los dos hermanos ninguno pudo perfeccionarse en la oratoria, porque ambos murieron asesinados por los enemigos que les suscitara su adhesion sin límites por los intereses del pueblo. Pero la historia de la elocuencia romana, menos fecunda y abundante que la de la Grecia, no nos presenta antes de Ciceron orador alguno digno de estudio, si exceptuamos á Craso, por la pureza de su estilo; á Antonio, por su elegancia y energía; á Caton de Utica, á Julio César y Hortensio con algunos otros menos célebres. Hortensio es nombrado por su manera elegante y florida, y por haber sido émulo de Ciceron, como Esquines lo fué de Demóstenes; pero sin encono, sin dirigirse las expresiones insultantes que los oradores griegos, pues no lo permitia la diferencia de civilizacion, ni la amistad que se profesaban. Hortensio fué vencido en la causa del prócónsul Verres, como Esquines en el célebre proceso de la Corona. El más grande orador que floreció en Roma es sin duda alguna Ciceron, que logró reunir las buenas cualidades de sus antecesores con la elegancia y cultura que le distinguen. Si anteriormente consideramos á Demóstenes como la expresion unánime de la elocuencia griega, del mismo modo consideraremos á Ciceron respecto á la romana, pues estos dos oradores son los más ilustres que pueden presentarnos ámbas repúblicas.

Instruido Ciceron en la literatura griega, en la filosofía, y en todas las otras ciencias, que, segun él mismo afirma, son necesarias para que un orador pueda distinguirse entre los demás, se presentó en el *forum*, no para ejercitarse en el arte oratorio, sino para brillar con la elocuencia que la naturaleza y el estudio le habían dado, y para conseguir el triunfo de la razon y de la justicia. Y no podia ménos de alcanzarlo. Sólido en los pensamientos, fluido en la dicción, y muy armonioso en el corte y estructura de sus períodos, sabe comunicar á todas sus razones un interés y una fuerza tales que arrastra la voluntad de una manera irresistible. Tiene mucho tacto para usar del tono que á cada asunto correspondé: así es que tan pronto le vemos en su elegante oracion *pro Ligario* atraerse el afecto de César y herir al acusador con sus propias armas, como explicarse en un lenguaje patético al recordar los robos, torpezas y crueldades del prócónsul Verres. También las filípicas pronunciadas contra Antonio, que pretendia apoderarse del mando, están llenas de fuego; mas ellas le acarrearón la muerte que

sufrió con singular firmeza. Murió; pero sus obras, pasando de unas á otras generaciones, son admiradas por todos los pueblos cultos, que en ellas ven grabado el sello de la inmortalidad.

Sucumbe el imperio romano bajo la espantosa invasion de las tribus bárbaras del Norte, y las letras, las ciencias y las artes desaparecen, retrocediendo Europa del grado de cultura en que se hallaba á la ruda ignorancia de los primitivos tiempos. Entonces, á no ser por el cristianismo, la literatura antigua hubiera muerto y desaparecido completamente para nosotros. Las pocas personas que, huyendo de la guerra, único ejercicio considerado noble y honroso, buscaban la soledad y el retiro, se dirigian á los monasterios, santuarios donde casi exclusivamente se conservaban los preciosos tesoros de las literaturas griega y latina. Pero descubiertos estos tesoros, lanzada ya por la moderna Italia la primera luz de la regeneracion en las letras, las ciencias y las artes, aparecen hombres inspirados que, aprovechándose de estas circunstancias, producen obras admirables en todos los ramos del saber humano. Mas la elocuencia, reducida entónces al púlpito y al foro, no encontró donde brillar con todas sus galas, hasta que con la ereccion de Génova y Holanda en repúblicas, y de varias monarquías de Europa en gobiernos representativos, se abrió un vasto campo donde el saber y el talento pudieron alcanzar claros honores. A él se lanzaron muchos hombres, ávidos de poder y gloria; y Francia, Inglaterra y otras naciones produjeron oradores que, si bien no alcanzaron en fuerza y vehemencia á los de las antiguas repúblicas, los superaron en la abundancia de principios y en la lógica solidez de sus razones; por lo cuál no dejan de ser muy apreciables para nosotros. Hasta el presente siglo, España no ha tenido ocasion de dar muestra de la feliz disposicion de sus hijos para este noble ramo de la literatura; pero en el corto tiempo que lleva de gobierno representativo, se han pronunciado en nuestra tribuna discursos que á lo menos igualan á los más selectos que pueden presentarnos otras naciones.

Si examinamos ahora la diferencia de civilizacion que existe entre la república griega, la romana y los estados modernos, se nos presentarán á la vista las causas que tanto distinguen su elocuencia de la que hoy conocemos. Desde que los pueblos de Grecia, libres del dominio tiránico de sus reyes, se constituyeron en repúblicas, vemos que empiezan á florecer las artes, la ciencia, la industria, y en fin, todo lo que contribuye á la grandeza de un Estado. La paz, la guerra, las alianzas, todo se proponia al pueblo ateniense; y este pueblo rey era quien decidia sobre asuntos de tanto interés é importancia. Desde luego se advierte la

gran influencia que tendria la palabra para resolver cualquiera cuestion; así es que la oratoria era considerada como el medio más á propósito para engrandecerse. Pero no bastaba presentar los argumentos con toda la solidez posible, ni dirigirse á la razon con pruebas incontestables; se necesitaba transmitir á aquel inmenso auditorio la compasion, el amor á la justicia, el entusiasmo patriótico; en una palabra, todas las pasiones de que los oradores se hallaban poseidos cuando subian á la tribuna pública. Estos hablaban en un espacioso recinto, trataban de asuntos interesantes para todos, y no tenían que guardar tanta circunspeccion como los oradores modernos. Pero vemos que frecuentemente abusaron de esta libertad hasta el punto de dirigirse los epítetos más injuriosos. Entre nosotros seria con mucha justicia castigado el que de esta manera traspasase los límites del decoro: entre los griegos no era así. Esquines, hablando con Demóstenes, le llama hombre *vicioso y malvado*, y le echa en cara su nacimiento. Demóstenes le contesta apellidándole *calumniador é infame*, y se abandona al econo que le domina. Para el orador no era otra cosa la tribuna que un campo de batalla, ni veia más que estos dos extremos: *servencedor ó vencido*; saludado con ruidosos aplausos, ó silbado y escarnecido por la multitud descontenta de sus proposiciones. En la plaza pública se concedian coronas de oro; pero tambien se dictaban leyes que imponian el ostracismo y la muerte.

La oratoria judicial participaba mucho del carácter enérgico y vigoroso de la política; así lo vemos en la mayor parte de los discursos que han llegado hasta nosotros. Andócides, defendiéndose contra la acusacion de Ceficios, invoca las sombras de sus antepasados: Lisias pinta con mucho calor y movimiento los crímenes que el gobierno de los treinta tiranos cometia en Atenas; y en la mayor parte de las acusaciones y defensas observamos el mismo ardor y animacion. El areópago, tribunal el más célebre de Grecia, se componia de un gran número de miembros, y por tanto, presentaba el aspecto de una junta popular; el orador tenia el derecho de introducir vestidos de luto á los hijos y parientes del reo, para que con sus lágrimas pudieran conmover los corazones de los jueces y mitigar algun tanto el rigor de la sentencia: aquí era más permitido el lenguaje de la pasion que lo fué en el *forum* romano, y que lo es en los tribunales modernos. Se vé claramente que entre la oratoria judicial y la política existia mucha semejanza; aunque esta por su gran interés para todos los ciudadanos, y por la importancia de los asuntos, requeria más fuego en el estilo y mas elevacion en los pensamientos, caracteres que distinguen la elocuencia griega. En ninguna parte tu-